CLARIN 5 AGO 1990

Cómo recuperar un buena idea

El fenómeno por el cual las ideas se apoderan del pensamiento colectivo y luego desaparecen de escena no ha sido suficientemente estudiado. El autor de esta nota, ministro de Salud y Acción Social de la provincia de Buenos Aires, subraya el contraste de la presencia dominante del pensamiento conservador en un momento en que hay una enorme "deuda social acumulada" en materia de salud, educación, seguridad y justicia. Rastrea el origen de los "prejuicios conservadores" y les opone la idea de una justicia social pero con eficiencia.

Por Ginés González García

Las ideas son como los mitológicos dragones: en un momento se instalan en el centro de la escena soplando todo su fuego sobre el pensamiento disidente; en otro momento se desvanecen en el aire sin que nadie advierta su partida.

También tienen modas. Y si se las deja de usar durante 40 ó 50 años, vuelven con más fuerza con un signo de novedad absoluta. Y, tal como los adolescentes, usan, encandilados masivamente, lo que nuestros abuelos abandonaron hace unos cuantos años.

Quizá sea una buena explicación de la virulencia con que el pensamiento conservador y las ideas sobre la magia del mercado — la "mano invisible" de Adam Smith— se instalaron entre nosotros acríticamente y han vuelto prácticamente invisibles otros puntos de vista sobre la realidad.

El justicialismo los tiene: su raíz ética es lo social. Allí está el componente indisoluble de su genética partidaria, el signo con que transformó durante décadas la política latinoamericana y quizá su marca registrada más indeleble sobre la sociedad. En cambio, al liberalismo, al que parecen sobrarle respuestas —todas ellas económicas—, le faltan "recetas" (ideas) acerca de cómo se resuelven las desigualdades sociales.

¿Por qué, entonces, si hay una enorme deuda social acumulada y nuevos costos humanos resultado del ajuste económico, el compromiso parece haberse debilitado en la conciencia de la sociedad argentina? ¿Por qué se repiten tanto episodios que demuestran dramáticamente cómo en el ataque al Estado no se exceptúan sus vitales funciones como moderador de desigualdades y reasignador social?

Hay razones. Por una parte, el capitalismo prebendario, que desarticuló nuestra sociedad y distribuyó regresivamente, recibió el amparo de los autoritarios para colocarse en el interior del Estado productor. Hincó los colmillos allí para hacer sus beneficios y vaciar al Estado de recursos.

El Estado se hinchó en su gigantismo burocrático, pero se quedó sin sangre para funcionar como reasignador social. **El Estado distribuidor social se vio arrastrado por el déficit del Estado empresario y administrador.**

Hoy nadie discute la función del Estado como equiparador de desigualdades. Pero nadie lo defiende. ¿Por qué?

El "efecto pernicioso"

Aquí volvemos a los dragones del comienzo. La idea dominante de que la "mano invisible" del mercado pondrá armonía en todo lo que vive, siembra el prejuicio de que cualquier intervención del Estado para regular la vida social se opone al orden natural de la vida y solo puede empeorar las cosas. Nada de manos solidarias. Hirschman le puso nombre. Lo llama Tesis del efecto pernicioso y es una trampa que el pensamiento conservador tiende a cualquier esfuerzo por aplicar una más efectiva justicia social. Se trata de una idea hábilmente montada en una ley de la física, la tercera ley del movimiento de Newton, según la cual "a toda acción se opone siempre una reacción igual". Y, en el campo de la vida social, la traducción sería así: **"El intento de empujar a la sociedad en una dirección hará que se mueva inevitablemente en dirección opuesta".** Y así como, desde esa mirada, la búsqueda egoísta del propio interés es vista como paradójicamente positiva para el bien común, en otro extremo, cualquier política pública dirigida a modificar las consecuencias del mercado, como precios salarios o injusticias, automáticamente se convierte en una interferencia nociva con aquellos procesos "naturalmente equilibradores".

Las evidencias de que el mercado no se autorregula y de que el Estado afirma la armonía social si aplica políticas inteligentes de redistribución son abrumadoras, pero hoy "no tienen buena prensa". No se "ven". Esa parte de los modernos estados de Japón, Alemania, el Canadá o Suecia no se exalta. No tiene predicadores.

El crecimiento económico, que es la consigna de la hora, no garantiza por sí mismo la justicia social. ¿Cómo hacer para que se advierta?

El justicialismo tiene ética, mística y pensamiento no solo para enfrentar al dragón de esta historia sino también para producir la política social que lo ha caracterizado históricamente. El objetivo es la equidad. Eso sí, el instrumento es la eficiencia en el uso de los recursos sociales.

Porque no es una batalla entre la justicia social y la eficiencia. Es una batalla por la justicia social con eficiencia.

Entonces, si el imperativo es reconstruir nuestra sociedad, lo que debemos encontrar son nuevos límites a las relaciones entre los diversos estamentos del Estado (nacional, provincial y municipal) y la sociedad.

Al Estado productor ya lo estamos transformando. Y los Estados provinciales y municipales representan esencialmente la estructura de servicios sociales: **salud, educación, seguridad y justicia son funciones federalizadas. Es imprescindible darles eficiencia. Pero también necesitan recursos.**

Si el Estado Nacional está ejecutando su transformación mediante el expediente de dejar de hacer lo que no le corresponde, las provincias tienen que encargarse de hacer bien lo que les atañe: sus funciones sociales.

Descentralizando. Desburocratizando. Manejando equilibradamente la distribución de los recursos económicos. Promoviendo la participación popular en los servicios sociales. Con eficiencia. La eficiencia es hoy, más que una obligación de un buen gobernante, un imperativo de justicia social.

Apoyándonos en un dato favorable de la realidad nacional: **es una comunidad con profundas redes solidarias.**

Es cierto que el tejido social ha sido dañado y que el Estado se ve exhausto. Pero las sociedades no se mueren. Basta echar una mirada a esa ética de la igualdad profundamente arraigada en nuestra cultura para saber que podemos soplar juntos contra el dragón y poner otra vez el compromiso con el prójimo